

del 60 en Chile, el perfil internacional y nacional de los comunistas chilenos en esa etapa, las tradiciones y orientaciones políticas que se buscan recoger en las canciones (por ejemplo, la cada vez mayor línea latinoamericanista) y las ausencias que, en sí mismas, develan el perfil ideológico de esta organización (en el cancionero no había tangos, mambos, *rock* ni tonadas patronales). Resulta muy significativo el análisis que se hace sobre cómo se resolvían en la organización juvenil las tensiones entre el canon oficial y los gustos de los jóvenes comunistas, atraídos también por los ritmos de moda. El autor señala —y esto podría convertirse en objeto de estudio de una futura investigación— la coexistencia de un espacio orgánico con un espacio personal e informal sobre el cual los dirigentes no ejercían, deliberadamente, ningún control con el objetivo de no hacer de las JJ. CC. una estructura cerrada y sectaria.

La lectura del texto de A. Salgado *Una pequeña revolución. Las juventudes comunistas ante el sexo y el matrimonio durante la Unidad Popular* es insoslayable para quienes investigan la década del 60 en América Latina, debido a su enfoque original y removedor. Siguiendo la innovadora línea de trabajo planteada por la historiadora uruguaya V. Markarian, Salgado plantea: «... el énfasis de la literatura en las limitaciones que la izquierda tradicional tuvo al desafiar estructuras patriarcales ha impedido apreciar las transformaciones culturales que sectores significativos de dicha izquierda experimentaron. El concepto de generación es un eje clave [...] Por ello en este artículo [...] ahondo en las tensiones entre los viejos y los jóvenes comunistas. El desafío es doble: por un lado, traer a la luz conflictos generacionales bajo la imagen armoniosa y monolítica de un partido comunista y, por otro, entender las fuentes diversas del cambio cultural en una organización jerárquica que acostumbra a “bajar línea” y decretar giros desde arriba. En la discusión académica más amplia, mi énfasis generacional busca coadyuvar a repensar la relación entre la izquierda latinoamericana y la transformación global de las costumbres en los años sesenta y setenta» (p. 147).

La fuente a través de la cual se analiza esa «revolución partidaria en la esfera cultural» realizada por los jóvenes comunistas es la revista *Ramona*: los artículos, las imágenes, las cartas de los lectores, la respuesta del director, las repercusiones en el ámbito partidario y las tensiones creadas con los comunistas adultos a partir de sus orientaciones sobre la sexualidad y otros temas. El minucioso análisis de la principal revista de las JJ. CC. (se analizan noventa y ocho números) demuestra con total nitidez lo que

afirma A. Salgado: «La revolución de las costumbres no fue la arena exclusiva de grupos vanguardistas de ultraizquierda o de movimientos como el *hipismo*, sino una transformación cultural que marcó a una generación entera, sin respetar las fronteras partidarias» (p. 148). Y agrega: «... los historiadores necesitamos empezar a prestar más atención a las corrientes subterráneas que moldearon a toda una generación» (p. 149).

En la incipiente y creciente historiografía sobre los comunistas latinoamericanos *Un trébol de cuatro hojas* aporta una mirada renovadora, tanto por su objeto de estudio como por la riqueza con que cada uno de los trabajos aborda el desafío de investigar sobre una organización partidaria juvenil en el siglo xx.

Marisa Silva Schultze

*La ciudad y los perros. Biografía de una novela.* Carlos Aguirre. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Católica del Perú, 2015, 318 pp.

El de Carlos Aguirre es un texto inusual dentro del panorama de los estudios sobre el libro y la edición en América Latina. Si, sobre todo en la última década, este campo ha experimentado en la región un sostenido crecimiento, evidenciado en una significativa serie de obras, proyectos colectivos de investigación y encuentros académicos, los temas y problemas que ha establecido dentro de su horizonte de indagación no han sido por lo general examinados desde el ángulo que esta «biografía de una novela» ofrece. Y es que la exhaustiva y al extremo puntillosa reconstrucción del conjunto de avatares que rodearon la vida de *La ciudad y los perros*, la célebre obra del peruano Mario Vargas Llosa —un ejercicio que en efecto cuenta con escasos antecedentes en la historia intelectual y cultural latinoamericana—, permite visitar desde un prisma singular cuestiones relacionadas a la historia del libro, tales como el lugar clave de los editores en el entramado literario y comercial de los textos, el rol y las modalidades ejercidas por la censura, o el peso de las redes intelectuales en la consagración de un autor.

Pero el interés de la investigación de Aguirre no se reduce a disponer un punto de vista novedoso sobre los aspectos comúnmente frecuentados por la historia del libro. A esa cualidad se añade el hecho de que el caso que el texto acomete es en sí altamente significativo. Publicada por primera vez en España en 1963, cuando Vargas Llosa contaba con apenas 27 años, por su temática y ubicación *La ciudad y los perros*

es portadora de una historia que se inscribe de lleno en los principales nudos políticos, culturales y literarios de ese momento. A menudo sindicada como la novela que dio inicio al *boom* latinoamericano, las denuncias de resonancias sartreanas de los resabios tradicionales y autoritarios de la sociedad peruana que traía consigo punzaron la sensibilidad de decenas de miles de lectores que halló velozmente a su paso, y que encontraron en ella un incisivo vector que sintonizaba con las ansias de modernización cultural que en todo el continente se habían apoderado de amplias franjas sociales. Asimismo, los estrechos vínculos que Vargas Llosa tejó con la Revolución cubana, a la que dio público y sostenido apoyo hasta los años finales de la década —en un movimiento concertado con los principales escritores del *boom*—, así como el hecho de que la novela debiera enfrentarse a la censura explícita ejercida por la España franquista en la que vio la luz, imprimieron al libro un aura eminentemente política, y lo hicieron pieza participante de los conflictos y tensiones de la Guerra Fría cultural en Hispanoamérica.

No es sin embargo una búsqueda por desenrañar los sentidos derivados del argumento de *La ciudad y los perros* el objeto principal del estudio de Aguirre. Su cometido, el que le otorga originalidad, reside en la reconstrucción del conjunto de circunstancias extratextuales que rodearon al libro. A tal fin, el autor persigue obsesivamente cada uno de los detalles involucrados en todas sus etapas de gestación y posterior inscripción en diversos ámbitos culturales y políticos: desde los inicios de Vargas Llosa en la literatura, al proceso de concepción de la obra que lo consagró internacionalmente como escritor, esto es, *La ciudad y los perros*; desde los avatares biográficos que impactaron en su formación y más directamente en los hechos narrados en la novela (empezando por su paso cuando adolescente por el Colegio Militar Leoncio Prado, escenario en el que transcurren los hechos), a las tratativas con diversos editores para publicarla; desde los actores involucrados en los dispositivos de censura que el libro debió sortear, a su circulación una vez publicado y su posterior recepción en el Perú, España y Cuba. Para recomponer todas las piezas vinculadas a esa trama, y para sopesar ajustadamente algunas versiones inexactas y mitos que la circundan, el riguroso y sutil historiador que hay en Carlos Aguirre se sirvió de un amplio trabajo de archivo en repositorios de varios países —empezando por el propio Fondo Vargas Llosa que descansa en la Universidad de Princeton—. La pesquisa resultante adquirió la forma de una atrapante labor detectivesca, cuyos avances, dilemas y conjeturas irresueltas son

compartidos de modo transparente con los lectores en un relato sostenido en elegante prosa.

Ese trabajo de desbrozo se apoya ante todo en un tipo de fuente que Aguirre explota privilegiadamente: la correspondencia. Destinadas por su propia naturaleza a permanecer en la esfera privada, las cartas entre Vargas Llosa y sus editores, amigos literarios y contactos, y entre muchos de ellos entre sí, ofrecen una multitud de pistas fidedignas tanto de los diálogos y las emociones cruzadas que obraron en el proceso creativo que acabó configurando *La ciudad y los perros*, como de las diversas maniobras de negociación que acompañaron su nacimiento y posterior trayectoria como artefacto cultural. De esa madeja de actores que intervinieron en la suerte de la novela, y que el estudio de Aguirre saca a la luz, sobresalen dos grupos. De un lado, el núcleo de jóvenes y notablemente fieles amigos de Vargas Llosa de fines de los años 50 y comienzos de los 60 (entre otros, Sebastián Salazar Bondy, Luis Loayza y Abelardo Oquendo, figuras de relieve de la escena literaria limeña de ese período), que no solo asisten al autor a la distancia cuando se encuentra viviendo primero en Madrid y luego en París, en los momentos de perplejidad que ritman los años de composición de su libro —discutiendo tramos del argumento, los personajes, escenarios y hasta su mismo título—, sino que lo auxilian constantemente y vibran con él ante todas las alternativas que la novela experimenta una vez que se enfrenta al trance de ser publicada. Tan compartidos y conversados en el diálogo epistolar son los avatares que atraviesa *La ciudad y los perros*, que el libro de Aguirre, que los repone extensamente en esa dimensión reticular y grupal, puede leerse también como un capítulo de historia intelectual peruana (y no solo peruana) de esos años, al tiempo que invita a concluir que, al menos en algún grado, el célebre libro de Vargas Llosa, y su invención misma como autor de fama mundial, es resultado de un proceso colectivo que desborda con creces su genio individual. El otro tipo de figura a la que le cabe un rol protagónico en el destino de *La ciudad y los perros* —rol que se trasluce también en la correspondencia— es el conformado por los editores. Pero aquí las imágenes resultantes son dispares. Si Carlos Barral, artífice de la casa Seix Barral en la que aparece la novela, es recuperado como una especie de héroe cultural que descubre el talento literario de Vargas Llosa y, sobreponiéndose a numerosas adversidades, lo conduce tenazmente al triunfo, otros colegas —como el argentino Jorge Álvarez y, muy especialmente, el peruano Manuel Scorza, que logra publicar la primera edición peruana del libro en su exitosa colección

Populibros— ofrecen en cambio un perfil de editor inescrupuloso, cultor de relaciones reiteradamente conducidas a través de triquiñuelas reñidas con la honestidad y la transparencia.

El libro está dividido en una introducción y cinco capítulos dedicados a las distintas estaciones que recorre *La ciudad y los perros*. El primero de ellos repone los inicios de la carrera literaria de Vargas Llosa, incluidas las experiencias que lo inspiraron a escribir su afamada novela, y las circunstancias que lo llevaron a trasladarse en 1958 a Madrid y luego a París —ciudades donde llevará a cabo el «tortuoso proceso de escritura» (p. 41) del libro, que le demandará casi un lustro—. Un acápite ofrece también una razonada reconstrucción del izquierdismo juvenil de Vargas Llosa y de su fervoroso apoyo a la Revolución cubana (que lo impulsa a ser uno de los intelectuales que la defienden en numerosas instancias públicas), historiando luego el proceso de paulatino agrietamiento de la relación hasta la frontal toma de distancia a comienzos de los años 70. El capítulo 2 desanda en cambio las alternativas de búsqueda de una editorial para *La ciudad y los perros* (en las que Salazar Bondy juega un activo rol), hasta el momento de providencial encuentro de Vargas Llosa con Carlos Barral, quien de inmediato queda deslumbrado con la novela. El editor catalán será desde entonces quien se ocupará afanosamente de disponer un camino siempre ascendente para el libro, que incluye el recurso a numerosos contactos autorizados y bien posicionados, y hasta operaciones para que el texto obtenga, antes de ser publicado, el prestigioso premio literario Biblioteca Breve de su casa editorial, una conquista que en su estrategia resultaba un insumo clave para enfrentar los obstáculos de la censura franquista que se avecinaba. El siguiente capítulo acomete minuciosamente ese proceso, reconstruyendo los pormenores de lo que es propiamente una negociación, esto es, los escarceos de dos partes que desde posturas iniciales intransigentes se avienen a ceder. El tinte antimilitarista y, a juicio de los censores, procaz de la novela resultaba difícil de digerir para la política cultural del franquismo aun en tiempos de pretendida apertura, y nuevamente aquí la detallada lectura de la correspondencia que hace Aguirre muestra cómo Vargas Llosa, contra sus convicciones de pureza y de libertad intelectual, y contra la imagen que él mismo ha dado *a posteriori* de esas tratativas, acepta realizar algunas modificaciones del texto en aras de publicarlo. Los dos últimos capítulos están dedicados a estudiar una serie de incidentes que debió enfrentar el libro una vez editado, pero que en conjunto potenciaron su visibilidad y colaboraron en transformarlo en un verdadero suceso político-cultural. Se repasan allí

eventos tales como una amenaza de confiscación de la primera edición en España (una noticia que dispara diligentes acciones de protesta de Barral y los amigos del círculo literario limeño de Vargas Llosa), las argucias propagandísticas de Scorza para incrementar las expectativas del público, y el hecho —continuamente aludido en los relatos sobre la historia de la novela en clave de reacción inquisitorial— de una supuesta quema de un lote de mil ejemplares a cargo de grupos ligados al Colegio Militar Leoncio Prado, episodio que queda desmentido en la exhaustiva investigación documental de Aguirre. También, la fortuna ulterior del libro, objeto tanto de solicitudes de apoyo de intelectuales de renombre en tiempos de Guerra Fría, como de nuevas persecuciones a cargo de los regímenes dictatoriales en América Latina en los años 70, a lo que para entonces hay que añadir el cese absoluto del auspicio que le había brindado entusiastamente en la década anterior la Revolución cubana a través de sus extensas redes culturales.

Para concluir, cabe señalar que las fuentes sobre las que está construida la investigación incluyen una entrevista del autor a Vargas Llosa, y algunos documentos personales del novelista a los que tuvo acceso, que no pertenecen al fondo documental de Princeton. En este punto, un elemento a destacar es la colocación en la que Aguirre se ubica en relación al afamado escritor. En el prólogo, opta por hacer explícita tanto su admiración hacia su obra, como las reservas que le merecen sus posiciones políticas de las últimas décadas. Pero ambas posturas no interfieren luego en los hechos que se narran. Una mesurada distancia preside la escritura de este libro, en el que las propias imágenes que Vargas Llosa ha querido legar de sí mismo son, según los casos, tanto desmentidas como ratificadas. Esa discreta ecuanimidad de Aguirre es un motivo adicional de elogio de un libro que enaltece el oficio de historiador.

Martín Bergel

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

*Fotografía e historia en América Latina.*

John Mraz y Ana María Mauad (coords.).

Montevideo: Centro de Fotografía

Ediciones, 2016, 262 pp.

El libro reúne artículos de once destacados investigadores con trayectoria en fotografía e historia provenientes de ámbitos académicos latinoamericanos. Todos los aportes revelan la sostenida e importante acumulación de sus autores. Contiene ocho trabajos diferentes por sus temáticas, pero unificados por las preguntas y propuestas de análisis que se desprenden de cada uno de los problemas abordados.